

Como citar este trabajo:

Bokser Misses-Liwerant, Judit. El Medio Oriente hoy: Nuevas tendencias e interrogantes (en colaboración con Yael Siman), en Manuel Férrez y Elinda Ballesté (compiladores), *Medio Oriente y Norte de África. ¿Reforma, revolución o continuidad?* México, Senado de la República, 2011, pp. 285-327.

ORCID: orcid.org/0000-0003-4766-1335 (Judit Bokser Liwerant)

RESUMEN / ABSTRACT:

Este trabajo analiza las transformaciones geopolíticas y nuevas tendencias nacionales y regionales en el Medio Oriente, en el periodo de la así llamada Primavera Árabe. A partir de ejes analíticos e interrogantes que permiten contextualizar esta coyuntura a la luz de procesos estructurales de más largo alcance, se estudia el espacio de los movimientos fundamentalistas y el lugar de las protestas, revueltas y revoluciones en el condicionamiento de los procesos políticos contemporáneos. Se presenta un panorama diferenciado de los países y actores, entre los que destacan los casos egipcio y palestino. A su vez, se estudian las relaciones entre cambio y democracia dentro del binomio moderados-radicales, y desde la óptica de la convergencia entre las dimensiones nacionales, regional y global se analizan los actores del conflicto palestino-israelí. Especial énfasis adquiere el análisis de las ventajas y riesgos de los diferentes escenarios que se perfilan.

The analysis of the geopolitical transformations and the new national and regional trends that took place in the Middle East during the so-called Arab Spring are the main object of this chapter. Based on perspectives and inquiries that allow contextualizing this conjuncture in the light of far-reaching structural processes, the author explores the role of fundamentalist movements, as well as protests, revolts and revolutions in shaping contemporary political processes. The differentiated portrait of the countries and actors that were involved, including the Egyptian and Palestinian cases are specifically presented. On its turn, the relationships between change and democracy within the moderate/radical dyad is studied, while actors of the Palestinian-Israeli conflict are analyzed from the perspective of the convergences of national, regional and global dimensions. Special emphasis is put on the advantages and challenges of different potential scenarios.

MEDIO ORIENTE Y NORTE
DE ÁFRICA
¿REFORMA, REVOLUCIÓN O CONTINUIDAD?

MANUEL FÉREZ / ELISENDA BALLESTÉ
COMPILADORES



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Senador M. Humberto Aguilar Coronado 7

PRÓLOGO

Elisenda Ballesté y Manuel Férrez 9

INTRODUCCIÓN

Deborah Roitman M. 13

Farid Kahhat

LAS REVUELTAS EN EL MUNDO ÁRABE 23

Vânia Carvalho Pinto

LA OLA DE MOVIMIENTOS PRO DEMOCRACIA EN MEDIO ORIENTE:
ANÁLISIS PRELIMINAR DE LAS CONSECUENCIAS POLÍTICAS
PARA LA REGIÓN DEL GOLFO PÉRSICO 41

Tânia Maria Pechir Gomes Manzur

LA CUMBRE ASPA Y LOS PAÍSES ÁRABES: REFLEJOS DE LA CRISIS
ACTUAL, DESDE UNA PERSPECTIVA BRASILEÑA 61

Mauricio Meschoulam

DE-CONSTRUYENDO EL DISCURSO SOBRE LA PRIMAVERA ÁRABE
UNA PROPUESTA ALTERNATIVA PARA SU ANÁLISIS 91

Khatchik Derghougassian

LA DEMOCRACIA EN LAS CALLES (ÁRABES) 111

Stephan Sberro

EUROPA, ACTOR CLAVE EN LA PRIMAVERA ÁRABE DE 2011 139

Manuel Férrez

LOS KURDOS DE TURQUÍA. ¿INDEPENDENCIA O ASIMILACIÓN? 157

Gilberto Cristian Aranda Bustamante y Ricardo Marzuca Butto LA PRIMAVERA EGIPCIA: CAMBIO Y CONTINUIDAD EN UNO DE LOS PRINCIPALES ESTADOS DE LA REGIÓN	193
Nofret Hernández Vilchis LOS OBSTÁCULOS DE LA COTIDIANIDAD PALESTINA IDENTIDAD EN MOVIMIENTO	235
Elisenda Ballesté YEMEN: ESTADO DE EMERGENCIA	263
Judit Bokser y Yael Siman EL MEDIO ORIENTE HOY. NUEVAS TENDENCIAS E INTERROGANTES	285
Zidane Zeraoui ARGELIA: LA REVOLUCIÓN PENDIENTE	329
Román López Villicaña LIBIA: EL ESTADO Y LA REBELIÓN	351
Azul U. Ramírez R. LAS REIVINDICACIONES ÉTNICAS ACTUALES DE LOS BEREBERES/AMAZIGES DEL RIF MARROQUÍ Y LOS MOVIMIENOS AUTONÓMICOS RIFEÑOS	375
Ricardo Vargas VOCES REVUELTAS	405
Mario Sznajder ISRAEL Y LA PRIMAVERA ÁRABE	435
Semblanzas de autores	451

EL MEDIO ORIENTE HOY

NUEVAS TENDENCIAS E INTERROGANTES

JUDIT BOKSER LIWERANT
Yael SIMAN

CONSIDERACIONES INTRODUCTORIAS

Con las excepciones de Sudán e Irán –este último país musulmán, no árabe–, desde 1970 y hasta la primera década del siglo XXI, los regímenes políticos en el mundo árabe gozaron de estabilidad, y de una singular permanencia derivada de una “continuidad autoritaria”: Egipto tuvo tres gobernantes durante 60 años; Túnez dos en 50 años; un gobernante durante más de 40 años en Libia y más de 30 años en Yemen; padre e hijo gobernaron Siria más de 40 años en tanto la continuidad política en Arabia Saudita nos remite a 100 años de preeminencia del clan Al-Saud (Friend, 2011).

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX y los inicios de nuestro siglo, una serie de patrones caracterizaron a gran parte de los países del Medio Oriente. La existencia de líderes fuertes con poder amplio y arraigado, regímenes establecidos en contraposición a las monarquías tradicionales y que han actuado o han sido presentados como generadores de reformas sociales, políticas y culturales, lo que les ha otorgado legitimidad, aun cuando con el tiempo se convierten en autoridades corruptas que transfieren el poder de manera familiar/hereditaria; partidos y élites gobernantes que han controlado todos los aspectos de la vida y que contaban con el respaldo de un aparato burocrático; regímenes –como el modelo de Mubarak en Egipto– considerados poderosos y moderados (incluyendo a Jordania y Arabia Saudita),

aliados de Estados Unidos de Norteamérica y vistos como factores clave para el mantenimiento de la estabilidad regional frente a la proyección de alianzas regionales de Estados radicales que han sostenido una política exterior anti-EEUU e Israel (Siria e Irán); una opinión pública indiferente en las calles árabes; ejércitos leales a los gobiernos, muchos de ellos de partido único, a cambio de condiciones preferenciales en el servicio militar y beneficios económico-políticos (Milstein: 2011; Kam: 2011); la creación de fuerzas de seguridad que sirvieran de contrapeso al ejército.

La singularidad de Israel en la región está asociada tanto a su carácter de Estado judío como a su trayectoria democrática, rasgos que lo han definido a lo largo de su existencia, independientemente del dilema que hoy enfrenta de poder seguir conciliando uno y otro. El rechazo del que ha sido objeto por parte de la mayoría de los países de la región ha operado como un horizonte crítico en el conflicto palestino-israelí, mismo que ha marcado de manera sostenida aunque no exclusiva— muchas veces subsumido en otras lógicas regionales— las tensiones de la región, en la que por otra parte, hay que destacar la existencia de acuerdos de paz entre dos países árabes, Egipto y Jordania e Israel.

Ciertamente el conflicto palestino-israelí conjugó desde sus inicios diferentes ejes: el interestatal, entre el Estado de Israel y los países árabes; el intercomunal, entre aquél y los palestinos y el derivado de las rivalidades y pugnas tanto étnicas como nacionales al interior del mundo árabe. Una cuarta dimensión, la internacional, jugaría a lo largo de la historia un papel determinante. La dinámica de la reconfiguración geopolítica ha sido definitoria en el paisaje regional, tal como se ha manifestado en el rol de los actores involucrados así como en la correlación de fuerzas y hegemonías cambiantes. Señalemos el papel protagónico de los Estados Unidos; los altibajos de la presencia de Europa —como Unión Europea y como países con móviles diversos—; Rusia y su rol histórico transformado y con él su impacto en la región (Bokser Liwerant: 2006).

En contraste con un contexto de estabilidad prolongada, en la actualidad, fuerzas de cambio han provocado la transformación de

muchos de los principios –o de la representación que de aquéllos se tiene– que sostenían al viejo orden en el Medio Oriente (Milstein: 2011). Una región “en convulsión”, así denominada, experimenta el desarrollo de nuevas tendencias junto a la permanencia de viejas estructuras y procesos, la emergencia de interrogantes complejas y la prevalencia de una gran incertidumbre.

Destaquemos de modo sumario, entre las nuevas tendencias, a gobiernos antes autoritarios y poderosos que hoy se ven amenazados por diferentes sectores de sus sociedades con demandas económicas y políticas, provenientes en lo fundamental de las clases medias urbanas, y por jóvenes, quienes –descontentos con las altas tasas de desempleo, corrupción arraigada, violaciones de derechos humanos– han liderado las protestas y revueltas (Kam: 2011, p. 28). Hosni Mubarak en Egipto y Zine al-Abdeen Bin Ali en Túnez han sido derrocados en tanto Muamar Gadafi conduce una guerra civil para preservar su régimen en Libia. En Siria y Yemen, Bashar al-Asad y Ali Abdullah Saleh, respectivamente, son fuertemente desafiados.

Los regímenes antes considerados moderados son caracterizados ahora como dictaduras represivas que carecen de legitimidad política y que pueden convertirse en fuente de inestabilidad regional y mundial. Una opinión pública árabe antes considerada indiferente ha mostrado ser activa e influyente, paralizando mediante protestas masivas en centros urbanos a los gobiernos en el poder. La coordinación eficiente y significativa del sector joven en las sociedades árabes se ha visto favorecida por las redes sociales virtuales que ofrecen internet y los medios inter-árabes, principalmente *Al-Jazeera*. Así, nuevos actores (jóvenes, redes sociales, medios modernos de comunicación) toman un papel protagónico. No deja de ser un desafío a desentrañar en qué medida y con qué alcance estos últimos actores y espacios son compensatorios de la ausencia de sociedades civiles como ámbitos autónomos, generadores de prácticas de acción ciudadana o de bien de aprendizaje de ésta.

Por su parte, los aparatos militares percibidos desde los años setenta como leales a los regímenes en el poder muestran ahora

cierta independencia (Milstein: 2011; Kam: 2011). En países como Egipto y Túnez han evitado reprimir las revueltas. En Libia y Yemen parte del ejército se ha unido a las protestas, dividiéndose en líneas étnicas y geográficas. En Egipto, hasta la realización de elecciones en septiembre, el aparato militar gobierna el país. Esta tendencia contrasta con la situación del aparato militar todavía leal a los regímenes en Siria, Jordania y Bahreín, que responde con represión a las revueltas.

Desde la óptica internacional, los actores evidencian signos de cambio significativos. Mientras que Estados Unidos ha buscado mantener su capacidad de influencia, en el marco de una política exterior que pretende adaptarse a las circunstancias cambiantes, Europa ha aspirado a un papel creciente en la región en general, así como en la negociación del conflicto palestino-israelí. Las reacciones divergentes y aun contradictorias de la Unión Europea frente a los procesos del Medio Oriente han dejado en evidencia la falta de una política exterior común. De hecho, ello se inserta en los dilemas más serios que enfrenta tanto en materia de principios como en materia operativa para poder definir una política exterior no reactiva.

A su vez, la emergencia de las Naciones Unidas como foro de legitimación de las aspiraciones estatales palestinas le confieren a los espacios multilaterales un rol potencial que instancias como el Cuarteto parecen haber perdido. Y ello, a la luz de un estancamiento y casi parálisis de las partes directamente involucradas, precisamente en el marco de la complejidad e incertidumbre que evidencian las transformaciones.

Las incógnitas que acompañan los procesos que hoy se están dando en la región apelan a diferentes dimensiones y ámbitos. Así, en el marco de la emergencia de nuevos actores, ¿cuál es o puede ser el lugar de fundamentalismos religiosos en el mundo del Islam, a la luz de la ascendencia que la religión ha tenido en entornos donde lo social evidencia cambios y fragmentaciones? ¿Obtendrá el Islam radical posiciones clave en los nuevos gobiernos? Y ¿cuáles son los nexos entre religión y etnicidad en una región atravesada por un mosaico de pertenencias?

De modo más tipológico, si se quiere, ¿cómo caracterizar a los cambios que se están dando? ¿Se trata de movimientos de protesta, revueltas o revoluciones? ¿Cuáles son, en los entornos cambiantes, los roles y posiciones alternativas de moderados y radicales? Y ¿cuáles son las salidas posibles a los cambios y qué probabilidades hay de que los movimientos se encaminen a la instauración de regímenes democráticos? ¿Sería viable hablar de una diversidad de modelos de democracia y cuál es el umbral o núcleo duro de sus requerimientos institucionales y si éstos son compatibles con el entorno cultural regional y los diversos entornos culturales nacionales?

Ciertamente, el renovado interés por la democracia adquiere una ulterior relevancia a la luz de los desafíos derivados de los procesos de globalización; las nuevas interrogantes en contextos de creciente complejidad e incertidumbre están asociados a la heterogeneidad, a las desigualdades territoriales y sectoriales y al carácter contradictorio de este tipo de procesos, mismos que se caracterizan por una creciente densidad y velocidad institucional que se expresa, a su vez, en la pluralización de actores (individuales y colectivos), en las diferentes esferas y dimensiones (locales y nacionales) y en las redes globales.

Por otra parte, resulta igualmente esencial preguntarnos si en los nuevos contextos será factible la resolución del conflicto palestino-israelí y si la resolución de este conflicto será en efecto una de las principales fuentes de seguridad y estabilidad regional. Y ello, ante la existencia de otros conflictos que guían el reacomodo de alianzas y la ecuación de poder regional.

La gran variedad de interrogantes marcan la complejidad e incertidumbre que caracterizan los procesos de cambio en Medio Oriente y se ven reflejadas en el lenguaje probabilístico y la elaboración de diferentes escenarios por parte de los propios actores y de los analistas. A la vez que los eventos en el mundo árabe generan nuevos principios y patrones comunes, la perplejidad y la duda paralizan las decisiones de varios de los principales actores.

Es en este contexto que el presente artículo aborda parte de estas interrogantes a partir de aquellos ejes analíticos que permiten contextualizar la coyuntura y ofrecen abordajes conceptuales que buscan contribuir a una mejor comprensión de aquélla.

EL ESPACIO DE LOS MOVIMIENTOS FUNDAMENTALISTAS

La interrogante del lugar que pueden ocupar la religión y específicamente sus expresiones alrededor de movimientos fundamentalistas en los actuales escenarios de cambio es parte de los análisis contemporáneos. El ascenso de la religión al espacio público ha sido un fenómeno generalizado en el mundo contemporáneo que ha evidenciado su importancia y visibilidad, desafiando así los diagnósticos en torno a su privatización y debilitamiento. A la creciente desprivatización le ha correspondido una progresiva politización, lo que se manifiesta tanto en su pretensión de ser fuente de normatividad de lo público como en su aspiración a ser un actor reconocido en dicha esfera. Esta ascendencia pública, relacionada con las propias transformaciones de lo social, se ha manifestado de diferentes maneras en variados contextos geopolíticos y culturales y en los diferentes universos religiosos y su propia diversidad interna.

En las últimas décadas, los movimientos islámicos se han fortalecido en diferentes países del Medio Oriente. A la fecha, salvo pocas excepciones —como Irán y Gaza—, estos movimientos no han sido la principal fuerza gobernante. Sin embargo, se han convertido en actores políticos y rivales importantes en la mayoría de éstos, como son los casos de Líbano, Argelia y Egipto. Desde la óptica de este último caso, que nos interesa destacar, las pautas que han asumido los acontecimientos han alimentado la interrogante sobre las probabilidades o riesgos implicados en el protagonismo de aquéllos.

En contraste con Libia en donde la religión no tiene un papel tan significativo, en Egipto gran parte de la población expresa que la religión y los partidos religiosos deben tener un rol importante en la vida pública, según reporta el Proyecto sobre Actitudes

Globales del *Pew Research Center*. Observamos que los egipcios musulmanes se encuentran divididos en cuanto al papel que deben tener los “fundamentalistas” (*usuliyun*): 31 por ciento expresó simpatía con los “fundamentalistas”, 30 por ciento simpatía con aquellos que no están de acuerdo con los “fundamentalistas”, 11 por ciento dijo que expresaba simpatía por ambos y 15 por ciento con ninguno de ellos.¹ Además de las divisiones, se observa la condición de movimiento de las preferencias populares –dada la magnitud del cambio– y la prevalencia de un discurso mixto de moderación y radicalismo. La cautela y el discurso poco claro todavía de la Hermandad Musulmana ante la revuelta y los eventos post-Mubarak ilustran estos fenómenos. Su ascenso, sin embargo, parece consolidarse.

En la segunda mitad del siglo XX, la Hermandad Musulmana experimentó cambios importantes y en décadas recientes ha hecho llamados a reformas democráticas en el mundo islámico; actualmente apoya reformas constitucionales graduales en Egipto (Kam: 2011, p. 30). A la vez, este movimiento se adhirió a la revuelta no violenta nacional y ha expresado una fuerte oposición a organizaciones como al-Qaeda. Mohammed Badie, su actual líder, se inclina por un enfoque pragmático. No obstante, la Hermandad Musulmana no abandona, al menos en principio, su objetivo de establecer un estado religioso mediante la *jihad*; no tiene una tradición de aceptar el disenso; se opone a la política de Estados Unidos en el Medio Oriente, no acepta el tratado de paz Israel-Egipto o el derecho de Israel a existir, y hace llamados a endurecer las relaciones diplomáticas con Israel, aunque también ha proclamado que no se embarcaría en una guerra con este país.

Sin duda es imposible hablar de actores homogéneos o monolíticos,

¹ Para este proyecto 1 000 adultos fueron entrevistados en Egipto entre el 24 de marzo y el 7 de abril del 2011. Los resultados aquí presentados se encuentran en Maddy-Weitzman, Bruce. “Polling Post-Mubarak Egypt” en *Tel Aviv Notes*, Tel Aviv University, Vol. 5, No. 9, 11 de mayo del 2011. “Commentary”. www.dayan.org

incluso cuando se trata de la Hermandad Musulmana. En 1996, experimentó una escisión cuando un grupo de jóvenes se salió del movimiento y formó *Hizb al-Wasat* (Partido del Centro) que incluía: cristianos, mujeres sin velo, no islamistas. Muchos de estos jóvenes se unieron al movimiento secular. En medio de las revueltas se han dado declaraciones mixtas: Tariq Ramadan ha representado a la Hermandad Musulmana con posturas pacifistas en la prensa estadounidense. Ha escrito que la Hermandad Musulmana será un interlocutor para Estados Unidos porque es un movimiento de base popular con un rol cívico y económico importante en la sociedad egipcia. El-Erriani (miembro del Consejo Guía) escribió que la Hermandad Musulmana tiene una postura clara contra la violencia, y que busca reformas y derechos para todos. En contraste, uno de sus máximos líderes Muhammad Akef Mahdi ha declarado en entrevista que la Hermandad Musulmana busca eliminar de la prensa todo contenido no islámico. Para algunos, la existencia de elementos moderados al interior de la Hermandad Musulmana sugiere que existe la posibilidad de que los islamistas canalicen sus demandas mediante vías institucionales, aceptando los principios constitucionales, al estilo del partido islamista –Partido Islamista de Justicia y Desarrollo– en Turquía. No obstante, un desarrollo de este tipo depende a la vez de la correlación de fuerzas entre moderados y radicales al interior de la organización, así como de las interacciones particulares que se den con otros actores clave (como el ejército).

Resulta pertinente observar que la religión, en su aspiración a ser fuente del discurso ético-público encuentra un terreno propicio y un espacio para expresarse con mayor fuerza en entornos de poderes políticos corruptos. La necesidad de distinguir toda forma de expresiones religiosas de las pretensiones absolutas de los fundamentalismos permite observar con mayor discernimiento las posibilidades de construcción de una esfera pública inclinada a aceptar valores como la tolerancia y el pluralismo, necesarios para la construcción de un ordenamiento democrático.

Paralelamente, las identidades étnicas juegan un papel

destacado en la región. Las rivalidades tribales en Yemen y Libia; las tensiones en Siria entre la minoría alawita y la mayoría sunita así como en Bahreín, entre la minoría gobernante sunita y la mayoría shiita operan como ejes que no pueden obviarse, tal como no puede omitirse el reconocer la lucha por el poder y las rivalidades grupales en Irak hoy, entre shiitas, sunitas y kurdos. A su vez, los sunitas en Bahreín, apoyados por la teocracia saudita discriminan a la mayoría shiita, apoyada por la teocracia iraní, mientras que la minoría gobernante alawita en Siria está comprometida con principios seculares y gozan del apoyo igualmente significativo de Irán. En Egipto esta dimensión de confrontaciones inter-religiosas e inter-étnicas no ha estado ausente en los enfrentamientos que han acompañado al proceso de cambio.

Como veremos posteriormente, el factor religioso asume relevancia y determinación en el espacio público en los diferentes contextos nacionales.

PROTESTAS, REVUELTAS Y REVOLUCIONES. MÚLTIPLES PROCESOS POLÍTICOS

Una segunda interrogante que orienta un eje importante de reflexión es la posibilidad de esclarecer las diferentes aproximaciones conceptuales que permitan caracterizar los movimientos de cambio. Gran parte de los análisis sobre la llamada Primavera Árabe sitúan en un mismo espectro el activismo, las protestas, las manifestaciones, las revueltas, los levantamientos y las revoluciones (Brom: 2011; Milstein: 2011). Incluso autores que sugieren que las protestas son diversas, y alertan sobre la necesidad de observar con cuidado las diferentes experiencias nacionales, no ofrecen un marco sólido conceptual para explicar las posibles variaciones de este nuevo fenómeno en la región. Muchos de ellos combinan elementos de la movilización misma con las diferentes respuestas del Estado para explicar sus variaciones (Zantovsky: 2011). Un avance significativo en la exploración de las distinciones puede verse en la contribución de Sznajder en este volumen.

Las interrogantes que surgen de los procesos de transformación contemporánea en la región son de diferente alcance. ¿Cuáles son las similitudes y diferencias entre protestas, revueltas y revoluciones? ¿Bajo qué condiciones las protestas se convierten en revueltas? ¿Cuándo una protesta o revuelta adquiere el carácter de revolución? ¿Incide el tipo de movilización en los procesos políticos resultantes? ¿De qué manera?

La literatura sobre casos específicos de movilización menciona diferentes elementos distintivos de las revueltas. Entre ellos se encuentran su carácter masivo y sostenido —su escala, intensidad y duración—, la existencia de una conciencia colectiva compartida, un elevado nivel de organización y articulación, alto compromiso y resistencia por parte de los rebeldes, fuerte cohesión social, estrategias y tácticas así como objetivos y demandas particulares. En algunos casos, las revueltas comprenden la organización y realización de protestas (Shin Gi-Wook: 1994; Salim: 1990; Lustick: 1993). Las protestas no necesariamente dan lugar a revueltas. A diferencia de otras formas de acción colectiva (incluyendo revueltas), una revolución consiste en una transformación radical de las instituciones socioeconómicas y políticas realizada a través de movilizaciones masivas desde abajo.² Sin embargo, en los análisis sobre las movilizaciones recientes en el Medio Oriente no parece haber claridad suficiente en cuanto a si la revolución es definida por las demandas de los rebeldes (por ejemplo, la democratización, el cambio del modelo económico, el fin a las estructuras corruptas) o por su resultado (el que caiga o no un régimen, el que se logre la instauración de una democracia).

Los casos recientes de movilización en el mundo árabe comparten algunas de las dimensiones anteriormente mencionadas pero a

² Cfr. Sckocpol, Theda. "France, Russia, China: A Structural Analysis of Social Revolutions" en *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 18, No. 2, abril 1976, pp. 175-210. Según la definición presentada por Sckocpol, las revoluciones no son únicamente formas extremas de conducta individual o colectiva sino combinaciones particulares de estructuras y procesos socio-históricos.

la vez contrastan entre sí, lo que exige el esclarecimiento de los recursos conceptuales. En congruencia con los enfoques teóricos sobre movilizaciones, en primer lugar, las protestas en el mundo árabe surgen en gran medida en respuesta al sentir compartido colectivo de frustración económica por parte de los sectores modernos y de las masas empobrecidas. En poco tiempo, las demandas de estas protestas adquieren un carácter político también compartido y articulado por un liderazgo principalmente secular y joven: la existencia de democratización, que comprende el fin a las leyes de emergencia, la caída de los gobiernos, mayor libertad política, respeto a los derechos humanos, entre otras demandas. En segundo lugar, manifestaciones espontáneas se convierten en revueltas organizadas y sostenidas en algunos casos a partir de la emergencia de cuadros de liderazgo organizados que aprovechan las oportunidades que generan las protestas para negociar con las autoridades políticas y militares. En las movilizaciones, los medios de comunicación modernos (principalmente las redes sociales) facilitan la transformación de frustración generalizada en acción colectiva no violenta. Entre las tácticas comúnmente utilizadas en las diversas protestas se encuentran el uso de panfletos, las manifestaciones callejeras y la ocupación de lugares centrales como las grandes plazas urbanas (Sznajder: 2011). La articulación efectiva de demandas particulares frente al Estado se logra en algunos países con el apoyo de los militares y de grupos internacionales. Otro elemento en común es el papel secundario que los asuntos de política exterior han tenido en las movilizaciones (incluyendo a Israel, al conflicto palestino-israelí) (Kam: 2011, p. 28).

De manera similar a Túnez, las protestas en Egipto adquirieron un carácter masivo y sostenido dando lugar a revueltas populares. Durante 18 días consecutivos, los egipcios protestaron masivamente en la plaza Tahrir conllevando a la presencia de una revuelta popular. A pesar de la muerte de 800 personas, la mayoría civiles, la estrategia dominante –al igual que en Túnez– fue la no violencia. Estimaciones posteriores mencionan entre 6 y 8 millones de participantes en las protestas egipcias. Redes sociales como *Facebook*, *Twitter* y

YouTube fueron utilizadas en ambos casos para establecer el día y la hora de las manifestaciones, para coordinarlas y para darlas a conocer en el exterior.

Entre las demandas principales de ambas revueltas se encuentran: el fin del régimen político y de los actores leales a éste, libertad política y elecciones libres, la cancelación del Estado de emergencia y la eliminación de la corrupción. A pesar de los objetivos en ambos casos consisten en transformar de fondo varias de las estructuras existentes, el resultado último definirá si se trata (o no) de una revolución, entendiendo ésta con cautela en la medida en que elementos tradicionales co-existen con elementos modernos (Sznajder: 2011).

A pesar de las similitudes, las diferencias y contrastes entre las movilizaciones árabes requieren una consideración seria. En Libia, al igual que en Túnez y en Egipto, la movilización consistió en una revuelta masiva y sostenida. Sin embargo, en este caso el nivel de violencia –en gran parte provocado por la propia respuesta del régimen de Gadafi– ha sido elevado, desembocando en una guerra civil. Únicamente en este caso se ha dado la participación de la OTAN. Siria parece recorrer un camino similar en cuanto a la presencia de una revuelta en la medida en que las protestas antes focalizadas se han extendido a Damasco y adquieren de manera incremental un carácter masivo popular. En contraste, en Bahrein las protestas fueron reprimidas y no lograron constituirse en movilizaciones sostenidas.

En Jordania y Marruecos, las protestas son “inactivas” (Zantovsky: 2011) mientras que en Palestina se han dado pocas protestas, pequeñas, esporádicas, a pesar de las similitudes que comparte Palestina con los países árabes (como el porcentaje elevado de población joven, niveles elevados de desempleo, la existencia de regímenes no democráticos). Las protestas en Ramallah, Belén y Gaza no demandaron, en contraste con Túnez, Egipto, Siria, Libia y Yemen, un cambio de régimen. Entre sus demandas centrales se encuentra la creación de un gobierno de unidad nacional. Según varios autores, la ausencia de protestas

extensas y continuas en este caso responde a la relativa calma, la mayor seguridad, la solidez, eficacia, menor corrupción y mayor transparencia de las instituciones que la Autoridad Palestina (AP) bajo el liderazgo de Salam Fayyad ha logrado construir y mantener en Cisjordania en años recientes.

Además, hay un sentido cada vez más compartido de que el gobierno responde a los intereses de los ciudadanos, y no exclusivamente a los de una pequeña élite gobernante. Por otro lado, aun cuando en Cisjordania no existe un régimen democrático, se percibe mayor libertad política que en diferentes países árabes de la región (Brom: 2011, p. 58).

Siguiendo a Lichbach (1995), las revueltas unidas tienen más posibilidad de ser exitosas en cuanto a sus objetivos que aquellas que se encuentran divididas. En una primera fase, en la gestación y desarrollo inicial de la movilización, se requiere –como sugiere Lichbach– de un elevado nivel de cohesión entre los diferentes grupos o cuadros que integran la rebelión, especialmente cuando la revuelta surge en contra de gobiernos autoritarios arraigados. Sólo una revuelta unida parece tener la capacidad de presionar fuertemente al grupo en el poder, elevando de manera significativa los costos que implica para éste mantener el *status quo*. Sin embargo, en una fase posterior, cuando la rebelión logra crear una fuerte presión en el Estado y/o cuando genera nuevas oportunidades políticas, la fragmentación de la revuelta –y no su cohesión– puede convertirse en un eje analítico importante dado que los diferentes actores conciben posibilidades realistas de beneficiarse. La correlación de fuerzas entre los diferentes cuadros y la composición ideológica de la revuelta parece tener una incidencia significativa en el proceso político resultante. Una tercera fase puede caracterizarse por negociaciones en torno a acuerdos concretos, o bajo un escenario alternativo, la ausencia, el estancamiento y/o fracaso de las mismas. La propuesta, entonces, consiste en analizar las movilizaciones no sólo en torno a su diversidad y complejidad, sino también como fenómenos evolutivos que atraviesan por distintas fases, de cohesión/unión

y de fragmentación, con un impacto particular en los procesos políticos. El resultado final, sin embargo, dependerá de la combinación de diferentes factores y no exclusivamente del tipo de movilización (incluyendo los procesos de articulación entre lo local, lo regional y lo internacional).

Bajo esta óptica el caso de Egipto resulta muy ilustrativo. Al inicio, las protestas en Egipto aglutinaron a jóvenes, diferentes sectores socioeconómicos, seculares y religiosos, musulmanes y cristianos, socialistas y capitalistas, todos movilizados detrás del lema: "Pan, libertad y dignidad" (Kam: 2011, p. 29). Incluso actores islámicos (como el Sheikh Yusuf al-Qaradawi) presentaron demandas pro-democráticas similares al liderazgo secular de la revuelta (Rock: 2011). Una vez que el régimen de Mubarak cayó, sin embargo, la movilización entró en una nueva etapa, en la que los diferentes grupos que la integraban empezaron a perfilarse como actores independientes, con sus propias preferencias y expectativas frente a futuras elecciones. Poco tiempo después de la caída de Mubarak, las divisiones internas se vieron reflejadas en el proceso del referéndum popular de marzo 2011. 77 por ciento (de 30 millones de votantes, en contraste con 6 millones en noviembre del 2010) votó "sí" al referéndum, el cual comprende un mínimo necesario para los cambios constitucionales (por ejemplo, las enmiendas de ciertos apartados), establece la fecha de elecciones parlamentarias para septiembre y la abolición de Leyes de Emergencia (1981) antes del voto parlamentario, limita el gobierno del presidente a dos términos (cada uno 4 años), abre la posibilidad de que independientes puedan competir por la presidencia. Frente al referéndum, un 33 por ciento se opuso argumentando que no había suficiente tiempo para organizarse como fuerza política de frente al partido de Mubarak y la Hermandad Musulmana, así como para educar al electorado con valores democráticos.

De este modo, ante la presencia de una etapa de posible fragmentación de la revuelta, el análisis de los diferentes actores políticos, sus preferencias y expectativas de utilidades bajo el

nuevo Estado se vuelve tema central de los análisis. Si bien esta fase todavía se caracteriza por un grado elevado de incertidumbre, lo que dificulta el análisis de dichas preferencias, se pueden identificar algunos de los actores políticamente relevantes en el nuevo juego estratégico.

Uno de los actores políticamente más importantes al día de hoy en la región y en Egipto en particular es la Hermandad Musulmana, la que, prohibida en 1954, ganó con candidatos independientes el 20 por ciento de los votos en el parlamento egipcio en el 2005 (aunque en el 2010 el gobierno impidió que entrara en el parlamento). Diferentes analistas señalan que en las elecciones en septiembre su cuota de poder podría incrementarse (al menos el 40 por ciento de los curules) dado su apoyo popular derivado de la existencia de una red extensa de asistencia social y del atractivo local y regional del Islam político. Estas proyecciones contrastan con los resultados de dos encuestas recientes: el Instituto Internacional de la Paz, el cual publicó su encuesta en el *Wall Street Journal* en la primavera del 2011, indica que sólo el 38 por ciento de los encuestados en Egipto expresan una preferencia por la Hermandad Musulmana, mientras que casi el 50 por ciento prefiere al partido secular Wafd encabezado por el ex ministro de Relaciones Exteriores de Egipto, Amr Moussa. La encuesta del *Washington Institute for Near East* muestra que los líderes de la Hermandad Musulmana recibirían apenas el 1 por ciento de apoyo para la presidencia. Diferentes análisis coinciden en cuanto a que si bien es posible que la Hermandad Musulmana no lidere el nuevo régimen una vez que se realicen elecciones, es muy probable que aumente su representatividad en las instituciones egipcias. En coalición con bloques de Salafitas (quizá 10 por ciento del electorado) y musulmanes progresivas (quizá 5 por ciento), podría ejercer cierto control en el Parlamento

En cuanto a la manera en que la ideología de la Hermandad Musulmana informa sus preferencias, es importante considerar las particularidades locales (incluyendo su poder, intereses e interacción con otros actores) y los elementos compartidos en la

región. Sobre las preferencias de la Hermandad Musulmana, tal como hemos señalado, las opiniones varían ampliamente, quizás como un posible reflejo de la volatilidad de la fase en cuestión. Algunos autores mencionan que en años recientes la Hermandad Musulmana ha moderado su postura sobre todo en lo que se refiere a la realización de cambios constitucionales y al uso de la violencia. Otros autores mencionan la continuidad por parte de la Hermandad Musulmana en sus principios fundacionales como la *jihad* y la creación de un Estado regido por la ley islámica.

Un segundo actor con capacidad de organización política es el Partido Nacional Democrático (Mubarak), el cual todavía representa a quienes tienen interés en preservar los intereses del régimen anterior. Se estima que este partido tiene 2.8 millones de miembros y que 1.2 millones de egipcios trabajan en la policía, también con interés en mantener el régimen anterior. La Asociación Nacional para el Cambio (fundada por El Baradei y Nour) es una fuerza importante pero que todavía palidece en cuanto a su capacidad organizativa cuando se compara, por ejemplo, con la Hermandad Musulmana y el Partido Nacional Democrático. A este espectro se suman los jóvenes de las revueltas, los cuales están en proceso de crear nuevos partidos políticos.

Las actuales iniciativas de organización para generar alternativas de frente al papel que el ejército sigue manteniendo ha generado movimientos que apuntan hacia esfuerzos de acción sistemática.

UN PANORAMA DIFERENCIADO

Si en Egipto podemos hablar de una transición de movimiento de protesta a revuelta nacional, sin tener aún claro cuáles serán los cambios que puedan generarse, otras modalidades emergen en la región. Una mirada rápida lo corrobora. Así, en Siria podemos hablar de la conjunción de un movimiento de protesta con una sostenida revuelta cuyos alcances aún son inciertos. En efecto, se han dado diferentes protestas pero hasta recientemente concentradas

fuera de Damasco. Con el tiempo, las protestas se han extendido dando lugar a la emergencia de una revuelta que crecientemente toma un carácter nacional. A diferencia de Egipto, la respuesta del régimen de Bashar el-Assad ha sido incrementalmente represiva, diluyendo así las concesiones políticas como una respuesta que permita la negociación.

A pesar de su debilitada legitimidad en el ámbito interno y una progresiva pérdida de la misma en el ámbito internacional –a pesar de la lentitud con que la condena se ha expresado hasta tejerse como rechazo total–, el régimen todavía cuenta con el respaldo del ejército, en contraste con el papel independiente que tuvo este actor en Egipto y ciertamente en Túnez.

El potencial de sectarismo que atraviesa el actual movimiento –la minoría alawita de frente a la mayoría sunita, incluyendo los kurdos que tiene otros reclamos de frente al gobierno; así como otras minorías cristianas y drusas– ha agudizado las condiciones en las que el régimen responde represivamente.

Lo que inició, al igual que en los otros entornos, como protestas lideradas por jóvenes que reclamaban reformas políticas y constitucionales ha devenido una revuelta de mayor alcance ante la respuesta represiva. En este vaivén, los riesgos de confrontaciones sectarias están presentes. La mayoría de las tropas de base del ejército provienen precisamente de la mayoría sunita al tiempo que el gobierno se apoya en las divisiones alawitas y se ha señalado que ha reclutado grupos criminales alawitas (Shabbiah) y armado a civiles. Paralelamente, la fragmentación de la oposición ha sido un factor adicional de complejidad. Dada la existencia de una revuelta que crece en magnitud y extensión, y que no está dispuesta a aceptar las concesiones que el régimen autoritario les ofrece, diferentes escenarios son probables ante la posible caída del régimen y/o la posibilidad de un golpe de Estado si Assad pierde el control.

Por su parte, en Jordania las protestas han sido limitadas frente a un régimen que goza de mayor legitimidad que los regímenes en Egipto, Túnez, Siria y Yemen. Manifestaciones en contra de

la situación económica y la corrupción han estado acompañadas por demandas de apertura política. En respuesta, el régimen del Rey Abdullah anunció beneficios económicos e hizo promesas electorales. Según apuntan analistas, sin embargo, en la medida en que el rey realice reformas electorales, la oposición (incluyendo a los islamistas representados políticamente por el Frente de Acción Islámica y a los grupos de izquierda) puede fortalecer su presencia en el Parlamento. Si el rey no implementa las reformas prometidas, entonces las protestas públicas pueden extenderse y convertirse en revuelta.

PALESTINA: PROTESTAS SIN REVUELTA

Palestina comparte elementos con diversos países árabes. Al igual que en Túnez, Egipto, Siria, Yemen, entre otros, en Cisjordania y Gaza, la mayoría de la población es joven (en Cisjordania el 57 por ciento tiene 20 años, o menos; y el 65 por ciento tiene 25 años; en Gaza, se calcula que la proporción de población joven debajo de los 30 años de edad es del 85 por ciento). Una parte importante de la población joven en Cisjordania no se beneficia de los proyectos de desarrollo económico en marcha y, en cambio, enfrenta elevadas tasas de desempleo (Lavie: 2011, p.2). En Gaza la tasa de desempleo es del 37.4 por ciento, en tanto que un 71 por ciento de la población se benefició en el 2010 de alguna forma de asistencia social en gran medida como resultado de la ayuda exterior (Reporte Banco Mundial). Aunque de manera diferenciada en ambos territorios palestinos no existe un sistema democrático. A pesar de que Hamas fue electo popularmente, instaló un régimen islámico que no acepta el disenso. Ambas autoridades han experimentado una erosión gradual de su legitimidad a partir de la expiración de los términos de gobierno (del presidente, del Consejo Legislativo y de los Consejos Locales). Encuestas periódicas muestran que el apoyo popular de Hamas ha disminuido, incluso en Gaza. Una de las encuestas más recientes (diciembre 2010) realizada en Cisjordania y Gaza por el centro PSPR (dirigido

por Khalil Shikaki) indica que 44 por ciento de los encuestados responden que votarían por Fatah si las elecciones parlamentarias fueran realizadas hoy, en tanto 25 por ciento respondió que votaría por Hamas y 11 por ciento dijo que votaría por otros partidos pequeños seculares.³ Al igual que la mayoría de los países árabes, en Palestina, la población en general tiene acceso a redes sociales a través del internet.

No obstante las similitudes, en Palestina se han dado pocas protestas, lo que contrasta con los desarrollos en Túnez, Egipto, Yemen, Siria y Bahrein. En tanto miles de jóvenes palestinos salieron a las calles de Ramallah, Belén y Gaza, estas protestas no alcanzaron el nivel masivo de otros países árabes. A diferencia de las protestas populares amplias y sostenidas, en Palestina, además, los manifestantes no han exigido un cambio de régimen. En cambio, entre sus demandas centrales se encuentra la creación de un gobierno de unidad nacional.⁴

Diferentes factores parecen explicar la ausencia de una revuelta en el caso de Palestina. Por un lado, la relativa calma, la mayor seguridad, la solidez, eficacia y transparencia de las instituciones que la Autoridad Palestina (AP) bajo el liderazgo de Salam Fayyad ha logrado construir y mantener en Cisjordania en años recientes (Lavie: 2011). En abril del 2011, el Banco Mundial reportó que un Estado palestino sería viable en el futuro cercano si la AP mantenía su buen desempeño en cuanto a la creación de instituciones y la provisión de servicios. Este reporte también indica que en el 2010 en Palestina se dio un crecimiento del 9.3 por ciento, aunque confinado al sector de no comercialización y principalmente apoyado por donantes.⁵ Estos indicadores coinciden con el reporte

³ Consultar encuestas en Palestinian Center for Policy and Survey Research. <http://www.pcpsr.org/survey/polls/2010/p38e.html#domestic>

⁴ "Palestinian Youth Call for National Unity". *Palestine News Network*. <http://english.pnn.ps/> (accesado el 12 de abril del 2011).

⁵ "PA says on track for statehood in September". *Maan News Agency*. <http://www.maannews.net/eng/ViewDetails.aspx?ID=377583> (accesado el 12 de abril del 2011). "World Bank: If PA Maintains Current Performance, a State

emitido por la ONU el 12 de abril del 2011 preparado por la oficina de UNSCO a cargo del Coordinador Especial Robert Serry, el cual indica que en las 6 áreas en que la ONU está más involucrada, las funciones del gobierno son suficientes para establecer un Estado que funcione. El nivel de corrupción también ha disminuido. Hay un sentido cada vez más compartido de que el gobierno responde a los intereses de los ciudadanos, y no exclusivamente a los de una pequeña élite gobernante (Brom: 2011, p. 58). Por otro lado, aun cuando en Cisjordania no existe un régimen democrático, la atmósfera en Cisjordania es más abierta que en diferentes países de la región. Por lo general, los habitantes no son perseguidos por expresar sus opiniones o por organizarse políticamente. La única excepción es la represión de Hamas que por razones de seguridad realiza la AP en coordinación con Israel. En Gaza, Hamas también ha utilizado métodos represivos en contra de Fatah.

No obstante, la AP temía una posible explosión de protestas en su contra, inspirada por los eventos del mundo árabe y dada la crítica doméstica en torno a violaciones de derechos humanos, la negación de valores democráticos, la conducción de arrestos arbitrarios, la negativa a considerar órdenes de las cortes, además de los problemas sociales y económicos aún irresueltos (Lavie: 2011, p. 2). En este sentido, Abbas respondió a las protestas con promesas (como la realización de elecciones municipales, declarando su intención para realizar elecciones en septiembre y reivindicando su disposición para firmar un acuerdo de unidad nacional con Hamas). Por su parte, Hamas cooptó o reprimió por la fuerza las protestas también limitadas en Gaza (Brom: 2011, p. 61).

En este contexto, en mayo del 2011 y de un modo sorpresivo, las principales facciones palestinas firmaron un acuerdo de unidad en Cairo. El acuerdo restaura las relaciones entre Fatah y Hamas, actores que entraron en conflicto directo cuando Hamas expulsó

Would be Possible Soon". Wafa. *Palestine News and Info Agency*. <http://english.wafa.ps/index.php?action=detail&id=15825> (accesado el 12 de abril del 2011).

a Fatah de la franja de Gaza en junio del 2007. Mahmoud Abbas (en representación de Fatah/AP) y Khaled Meshal (líder de Hamas en Damasco) firmaron el acuerdo ante representantes del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas en Egipto.

Bien podemos suponer que entre los cálculos del líder de Hamas en Damasco se encuentre la consideración de que la caída de Assad podría crear dificultades para su actuación en Siria, en tanto que acercarse a Egipto mediante la aceptación del acuerdo de unidad resulta conveniente. A ello se suma posiblemente la expectativa de que la Hermandad Musulmana tendrá una influencia significativa en el Egipto post-Mubarak, y así, el apoyo de Egipto hacia Hamas podría ser incluso mayor que el que le brinda a la AP. Además, el estancamiento del proceso de paz ha removido por el momento un obstáculo importante para la reconciliación con Fatah.

A pesar de los objetivos e intereses compartidos, existen importantes brechas por acortar y/o cerrar entre las partes: la elección del Primer Ministro o los ministros de gobierno; la liberación de prisioneros (que en Cisjordania en cuanto a los prisioneros de Hamas puede generar una crisis de seguridad con Israel). Deponer a Fayyad como Primer Ministro podría afectar las relaciones con Israel, Estados Unidos y el Cuarteto. Sin embargo, Hamas prefiere que el cargo de Primer Ministro lo tenga un residente de Gaza. Otro punto de tensión es la participación de Hamas en la OLP: Hamas intenta recibir un porcentaje elevado de representación en las instituciones de la OLP, incluso antes de las elecciones. El tema de las elecciones al Consejo Nacional Palestino es complicado dado que dichas elecciones deben realizarse tanto en los territorios palestinos como en la diáspora.

Lo cierto es que el diálogo entre las partes se ha visto interrumpido, lo que denota las fragmentaciones y divisiones internas en el liderazgo palestino, que ha operado históricamente como un serio obstáculo a la construcción política estatal.

El resto de los países árabes muestran también variaciones en cuanto al tipo de movilizaciones y la respuesta de los respectivos Estados. En Arabia Saudita las protestas han sido pequeñas y

esporádicas. En una protesta el 17 de junio del 2011, por ejemplo, se reunieron sólo 30 o 40 activistas para reivindicar un día para las mujeres. En Bahreín se han dado protestas más extensas pero no sostenidas, especialmente después de la entrada del ejército saudí para aplacarlas. En Yemen, Túnez y Libia se dieron revueltas nacionales que culminaron en represiones violentas, la caída del régimen y guerra civil con intervención de la OTAN, respectivamente.

A estos factores habría que agregar el análisis de las dimensiones étnicas y sectarias que hemos ya señalado, centrales en el desarrollo de las movilizaciones en diferentes países de la región. En Libia, por ejemplo, en donde existen cerca de 140 tribus diferentes, el epicentro de las protestas se dio en sus inicios en el distrito de Cirenaica, bastión tribal de Gadafi. Mientras que en Libia el factor religioso no es tan importante, en Bahreín el movimiento de protesta ha sido reflejo de una lucha sectaria entre shiitas y sunitas (minoría gobernante bajo el liderazgo del clan al-Khalifa). Divisiones regionales también se ven reflejadas en las movilizaciones en Yemen (principalmente en el sur).

De este modo, a pesar de que las movilizaciones en el mundo árabe han tenido un fuerte impacto en los gobiernos de tradición autoritaria, una serie de factores particulares en cada país median entre el tipo de movilización y los procesos políticos resultantes. Entre dichos factores se encuentran: los intereses del aparato militar y su nivel de autonomía con respecto al Estado, el componente religioso-sectario, las rivalidades y lealtades étnicas, lo secular y religioso, sociedad civil, entre otros. "Cada país tenía sus propias estructuras de poder, con un nivel de adaptación y una resistencia al cambio particular, y con la disposición a utilizar la fuerza, todos estos elementos conllevando a resultados distintos" (Zantovsky: 2011).

En el caso de Libia sigue en marcha una guerra civil violenta, mientras que en Siria y Yemen las movilizaciones se han enfrentado con respuestas represivas por el Estado, lo que puede conllevar a continuos ciclos de resistencia/protestas-represión (y

eventual caída del régimen) y/o a la “rutinización de la protesta” y su desgaste. En algunos de estos casos, el Estado también ha ofrecido concesiones futuras, generalmente inaceptables por los rebeldes. En Bahreín, las movilizaciones resultaron en represión y la intervención militar de su vecino y fuerza regional: Arabia Saudita. En cuanto a democracia, ¿qué tipos de sistemas políticos serán construidos en la región?

¿MODERADOS Y RADICALES?

En el escenario que venimos analizando, la posibilidad de caracterizar las demandas de los movimientos así como el perfil de los liderazgos plantea nuevas interrogantes en torno a los grados de moderación o radicalización implicados. Ello está estrechamente relacionado con una visión de la negociación política y la creación de consensos como horizonte en el que puedan negociarse las salidas a los procesos en curso. Los términos “moderado” y “radical” se usan con frecuencia en la literatura sin dejar claras las diferencias entre ambos. Un grupo “moderado” puede ser aquel que elige demandas limitadas, en contraste con aquellos grupos cuyas demandas son de carácter absoluto (por ejemplo, la demanda de Fatah de crear un Estado palestino en las fronteras de 1967, en contraste con las demandas originales de la OLP de crear un Estado en todo territorio palestino liberado, o la exigencia de ciertas reformas en contraste con la demanda de derrocar al gobierno y crear en su lugar un nuevo régimen, como en el caso reciente de Egipto). Sin embargo, un grupo que promueve una demanda más limitada (como la exigencia de autonomía) pero que no está dispuesto a negociar sobre su alcance, sus tiempos, etcétera, es decir, que no tiene una disposición para hacer concesiones puede ser menos moderado o más radical que aquel grupo que toma como punto de partida una demanda más absoluta (independencia) pero que muestra flexibilidad (por ejemplo, en cuanto a las fronteras y el tamaño del territorio en cuestión). Una rebelión o revuelta “moderada”, sin duda, también se relaciona con la definición e

implementación de ciertas estrategias: violentas o pacíficas (como puede ser la lucha armada –que comprende bombas, asesinatos, secuestros, etcétera– en contraste con la organización de protestas y boicots).

Definir quién es “moderado” y “radical” implica entonces establecer parámetros claros al menos en torno a demandas, estrategias y nivel de disposición para negociar, así como las diferentes y complejas combinaciones entre todas estas variables (Siman: 2005).

Estas múltiples combinaciones dan como resultado variaciones interesantes a lo largo del espectro ideológico-político de los grupos que integran las protestas, revueltas y revoluciones, las facciones que componen los regímenes políticos, las divisiones al interior de los actores de interlocución o diálogo, etcétera.

Identificar la composición ideológico-política de una revuelta o rebelión, de una revolución o de un régimen particular permite entonces explicar las posibles interacciones estratégicas entre los actores involucrados, así como las implicaciones que estos juegos tienen en el desarrollo de continuidades y rupturas, de reacomodos de alianzas y rivalidades, de paz y conflicto.

En un Medio Oriente en cambio e incierto, sin embargo, se vuelve sumamente difícil identificar las verdaderas preferencias de los distintos actores, así como las utilidades esperadas por los mismos en los posibles escenarios resultantes. En muchos de los casos, los diferentes actores se encuentran a la espera de eventos de viraje (como las elecciones en Egipto o la votación que sancione un Estado palestino en la Asamblea General, ambos en septiembre) para hacer públicas dichas preferencias, especialmente si implican un cambio estratégico con respecto a sus posturas previas. En relación con el Islam, por ejemplo, ¿cómo distinguir entre los diferentes sectores moderados y fundamentalistas? ¿Qué tipo de demandas, estrategias y postura de negociación (o no negociación) tienen en el momento actual las diferentes facciones al interior del movimiento islámico? ¿Cómo se verán reflejadas esas diferencias en la postura oficial? ¿En qué manera afectarán

los resultados de las elecciones en Túnez y Egipto las preferencias de los cuadros que integran estos movimientos? ¿Cómo deslindar entre discurso y práctica cuando al análisis de las preferencias se refiere, especialmente en el marco de un discurso de resistencia en que los movimientos islámicos tienden a volverse más extremos?

Estas interrogantes no pueden aislarse de lo que venimos señalando como horizonte de cambio de las alianzas y hegemonías prevalecientes. Es en este sentido que la misma efervescencia de la región ha conducido a compromisos. Tal como vimos, detrás del acuerdo de unidad entre Fatah y Hamas están los propios cálculos que se derivan de los cambios. Fatah perdió con Mubarak a su principal soporte; los sucesos en Siria han debilitado al régimen que ha sido el principal apoyo de Hamas y dio cobijo a sus líderes desde su expulsión de Jordania. El Sheik Yusuf al-Qaradawi, uno de los líderes islámicos sunitas –relacionado con los Hermanos Musulmanes de donde surgió Hamas– condenó al régimen de al-Assad y afirmó que el partido Ba'ath no podía continuar gobernando. A pesar de las presiones de Damasco, Hamas ha salido cauteloso en salir a defender al régimen sirio. Otro cambio regional que es fuente de preocupación para Hamas es la represión en Bahrein y la actuación de los estados del Golfo liderados por Arabia Saudita, lo que ha incrementado las tensiones entre el mundo árabe e Irán. El financiamiento que recibe de capitales provenientes de esos estados no han visto con buenos ojos su cercanía con Irán y de allí su interés de acercarse a Egipto (un poder sunita).

Visto pues en conjunto, tanto las divisiones históricas como los reacomodos actuales operan en el trasfondo –y en la superficie– de muchos de los cambios que hoy están experimentando los países de la región y que modelan e imprimen su sello sobre los vientos de cambio que no pueden ser leídos exclusivamente en clave de democratización y que habrán de condicionar sus alcances y limitaciones.

CAMBIO Y DEMOCRACIA

Aunque no todos los procesos de cambio parecen encaminarse en el mismo sentido, en contraste con los modelos autoritarios de gobierno, en las sociedades árabes encontramos reivindicaciones y reconocimientos democráticos, así como la propia actuación de ciudadanos y la proyección que han hecho de su "espíritu" las movilizaciones mismas. Así, diferentes autores se refieren a estas protestas, levantamientos y revueltas como movimientos genuinamente pro-democráticos. Al parecer, uno de los reconocimientos de los integrantes de dichas movilizaciones es el que todos los liderazgos tienen fallas, y que los límites en los términos de gobierno, así como la posibilidad de la alternancia en el poder mediante la realización de elecciones transparentes, minimizan las posibilidades de que ciertas fallas se vuelvan endémicas, al mismo tiempo que maximizan las oportunidades para identificar y atender las fallas sistémicas.

En regímenes no democráticos, regularmente la movilización se da como un movimiento de arriba hacia abajo. En sociedades democráticas, en contraste, la ciudadanía tiene un papel clave en la movilización y en la formulación de demandas.

La actuación misma de los integrantes de las movilizaciones en el mundo árabe parece poder encaminarse hacia la participación activa en asuntos cívicos o ciudadanos, en contraste con la ausencia de iniciativas de expresión de éstas. En todo caso, si puede detectarse un espacio de autonomía ante la ausencia de espacios sociales de proyección de la acción y la reivindicación política, éste ha sido el de la mezquita. En las "identidades múltiples" del Medio Oriente, la religión sigue teniendo un papel central. Las identidades primordiales, tanto religiosas como étnicas, han operado como ejes articuladores de la acción colectiva y de la confrontación.

La sociedad civil como categoría conceptual y práctica, sin embargo, toma cada vez más relevancia; implica decisiones voluntarias de pertenencia, y ésta es todavía incipiente, débil.

Mediante redes sociales, los jóvenes en el mundo árabe lograron articular sus exigencias, crear espacios de comunicación eficaces y acciones colectivas que han cuestionado la legitimidad de los regímenes en el poder. Una sociedad civil sólida, sin embargo, requiere también de valores democráticos compartidos y del desarrollo de competencias ciudadanas, así como de un marco legal que le permita actuar de manera crítica e independiente.

Desde luego que pensar a la sociedad civil obliga a revisar los acercamientos a la ampliación de la participación ciudadana, vista como medio de aprendizaje. La creación o recuperación de espacios de acción ciudadana refuerza el supuesto de que el propio ejercicio de participación enseñará responsabilidad y tolerancia, por lo que es factible hablar de la función didáctica de la participación. La arena pública como espacio de entrenamiento democrático implica, a su vez, pensar el lugar de los movimientos sociales, muchos de ellos articulados, como señalamos, alrededor de elementos primordialistas, tales como religión, etnicidad y/o nacionalismos (Bokser Liwerant: 2002).

Si atendemos la lógica de diferentes procesos de cambio, debemos señalar que se ha tendido a sobre-enfatizar los nexos entre sociedad civil y democracia y se ha desatendido el hecho de que no hay una conexión necesaria entre las transformaciones políticas, la retracción estatal y la estructura interna de las fuerzas que han llevado a tales cambios. Específicamente, la reemergencia de reclamos primordialistas. Ello acompañado por el interrogante de hasta dónde, una idea y una forma social como lo es la de sociedad civil, que emergió desde abajo, por accidente y a lo largo de siglos, puede hoy establecerse desde arriba, por decreto y rápidamente.

Por ello, el desafío es fortalecer los vínculos entre civilidad e institucionalidad. De frente al fortalecimiento de la idea de democracia –que ha tomado la forma de un resurgimiento de la sociedad civil, ese ámbito informal, no estatal y no económico de la vida pública y personal que Tocqueville definió como vital para el mantenimiento de un Estado democrático– resulta fundamental

la necesidad de coexistencia de diferentes pluralismos, no sólo el cultural, sino también el político y el institucional.

En los análisis de intelectuales y políticos, los posibles escenarios en el Medio Oriente oscilan principalmente entre una alternativa democrática y el mantenimiento del o el regreso al autoritarismo, dejando como posibilidad intermedia únicamente la preeminencia del viejo régimen con reformas o concesiones limitadas, no así una democracia.

Siguiendo esta lógica, los posibles escenarios son: que los cambios se detengan en el nivel inicial (más manifestaciones limitadas en el corto plazo pero los regímenes árabes se mantendrán en el poder mediante concesiones, lo que significa que el Medio Oriente permanece similar y la democratización será limitada; escenario con probabilidad moderada); la caída de regímenes clave como Arabia Saudita e Irán (escenario de baja probabilidad); los levantamientos siguen y llevan a cambios de regímenes adicionales; Libia, Yemen o estados del Golfo, Siria, Jordania (probabilidad más elevada); procesos democráticos limitados: sistemas políticos se tornan más abiertos, los regímenes implementan reformas –incluyendo libertad política y de expresión pero los regímenes se oponen a abrir el sistema a los intereses en conflicto de distintos grupos políticos, no hay procesos, instituciones y valores que produzcan una base para democracias verdaderas (Kam: 2011). Bajo esta óptica, la gran incógnita es si habrá o no democracia, pero no qué tipo de democracia podría establecerse en un contexto particular, no occidental. Asimismo se considera que la opción óptima para Occidente e Israel es que en los países árabes se establezca una democracia al estilo liberal. Una de las premisas es que los regímenes democráticos minimizarían el peso del Islam radical y la infraestructura de terror en la región, en tanto que democracias liberales promoverían el diálogo entre el mundo árabe y Occidente y con Israel.

Sin embargo, la democracia *per se* tampoco garantiza la creación de un “frente de paz”. Para lograr la estabilidad regional, los diferentes actores requieren tomar iniciativas diplomáticas y crear

condiciones favorables *in situ*. A pesar de que la democracia figura de manera prominente entre las demandas de las movilizaciones y, por ello, abre la posibilidad de procesos de democratización en la región, es tan sólo una de las reivindicaciones y no necesariamente la más desarrollada.

A la complejidad de conciliar la afiliación con la nación (*umma*) como una comunidad global de creyentes, y el colectivo ciudadano, podemos agregar los intereses arraigados de actores conservadores como los militares y las élites identificadas con el viejo régimen, así como las lógicas no democráticas que con frecuencia guían las conductas tribales, étnicas y religiosas (Khalidi: 2010). Quizá el resultado último de estos procesos no sea una única democracia al estilo occidental, sino democracias que respondan a las condiciones locales de cada uno de los países, múltiples democracias, regímenes *ad hoc*. El caso de Yemen, por ejemplo, muestra la posibilidad de co-existencia de un régimen autoritario con prácticas democráticas cotidianas de deliberación en asuntos de interés local y política (en *qat chews*) (Wedeen: 2008). Bernard Lewis ha enfatizado la tradición de consulta informal arraigada en la región como un componente de raigambre democrática.

En todo caso, aun ante el hecho de que la distinción entre libertades políticas y cívicas, por una parte, y libertades culturales, por la otra, esté muchas veces diluida y confundida, y por lo tanto se plantea erróneamente la compatibilidad o no de las primeras con otros valores, la democracia tiende a afirmarse a escala global de modo tal que como idea-proyecto, en su carácter generalizante, parece abrir la puerta a un desarrollo a nivel global y regional, en el marco de procesos no continuos, multidimensionales, fragmentados y contradictorios. Su oscilación entre nuevas oportunidades y riesgos se vuelve pronunciada porque la emergencia y el reforzamiento de viejos y nuevos universos identitarios, la pluralización de actores y las interacciones más allá de las fronteras nacionales fomentan la formación de redes que atraviesan grupos, etnias, naciones y regiones y ofrecen novedosos referentes de identificación.

De allí que hoy por hoy, junto a los riesgos de fragmentación o feudalización de la vida pública, se da la posibilidad de ampliación de la ciudadanía.

El apoyo exterior en la construcción desde adentro de procesos democráticos en el Medio Oriente –atendiendo a las realidades y necesidades locales– podría a la vez hacer ver a estos regímenes como el resultado de sus propias decisiones, no como algo impuesto por Occidente. Sin embargo, incluso si regímenes democráticos singulares son instaurados en la región y no necesariamente se anclan en valores liberales, hay una base mínima o núcleo duro requerido para la constitución de una democracia. Dicha base comprende la posibilidad de alternancia en el poder, el establecimiento de un Estado de derecho, la existencia de una ciudadanía activa, la existencia de pesos y contrapesos y el respeto a las garantías individuales. Y ello requiere pensar de manera seria y permanente los nexos entre ordenamientos institucionales y entornos culturales, bajo el entendido de que la democracia es una fuerza expansiva y un régimen que convoca la vida colectiva de la ciudadanía. Por lo pronto, la democracia como sistema político es todavía una tarea pendiente en la región. Y esta tarea debe ser vista a la luz de las oportunidades y las tensiones en el marco de la tercera ola de expansión democrática global posterior a 1994. Este movimiento inició en el sur de Europa a mediados de los años setenta, se extendió a los regímenes militares sudamericanos hacia finales de esa década y principios de la siguiente y alcanzó el este y sur de Asia a mediados y fines de esos años ochenta. Fue seguida por la transición de los regímenes comunistas en Europa oriental y URSS así como en América central, para concluir en los años noventa en África. Hoy resulta claro que esta tendencia no fue homogénea y junto a los indiscutibles logros cabe destacar que su efectiva puesta en práctica se encuentra atravesando desafíos y redefiniciones y ha experimentado retrocesos.

LA ARTICULACIÓN DEL CAMBIO: ENTRE LO NACIONAL, LO REGIONAL Y LO GLOBAL. LOS ACTORES Y EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ

Las ventajas y los riesgos

Los movimientos de cambio interactúan en su acontecer nacional con dinámicas regionales y estas últimas, a su vez, con intereses internacionales y agendas globales. Lo nacional adquiere una dimensión regional y lo regional, una dimensión global. Casos ilustrativos de los procesos de articulación entre diplomacia y seguridad, trayectorias históricas y conciencia nacional, temores, intercambio de bienes y pugnas por reconocimiento, fronteras y negociaciones, son Israel y Palestina.

Se trata ciertamente de niveles que confluyen y se traslapan, aunque cada uno reclame para sí la prioridad de su lógica, que oscila entre los beneficios de un pragmatismo que garantiza la convivencia y los principios que mantiene un código de confrontación.

Así, en el caso de Israel, los eventos nacionales en Jordania y Egipto podrían alterar los tratados de paz existentes desde 1978-79 y 1994, respectivamente. En Jordania, las protestas limitadas no han provocado de manera directa cambios profundos en la monarquía Hashemita y/o, indirectamente, en la relación con Israel. En Egipto, sin embargo, como señalamos, han tenido lugar especulaciones acerca de si el tratado de paz será anulado o, en su caso, revisado por el nuevo gobierno. Este tratado ha sido un pilar estratégico de la seguridad de Israel en las últimas tres décadas (Milstein: 2011, p. 20; Lavie: 2011). Ha sido no sólo un documento de principios, sino también un mecanismo para la generación de beneficios mutuos tales como la ausencia de confrontaciones militares, el re-establecimiento de la soberanía egipcia en el Sinaí, flujos de turismo, apoyo financiero de Estados Unidos a ambas partes, el fin de los boicots económicos a Israel y los intercambios comerciales directos, a diferencia de muchos otros países árabes (Eiland: 2011).

Algunas cifras así lo demuestran: en el 2010, el comercio de Israel con Egipto alcanzó 503 millones de dólares, 24 por ciento más que en 2009. Antes de la caída del régimen de Mubarak, 40 por ciento del gas natural para la Corporación Eléctrica de Israel provenía de Egipto. Cada año Israel ahorraba 1.7 billones de dólares como resultado de las importaciones egipcias. Las partes acordaron que Egipto vendería a Israel hasta 7 billones de metros cúbicos de gas anualmente durante 20 años. Egipto duplicó el precio a \$3 por cada BTU. Como resultado de la zona industrial establecida a partir de un acuerdo trilateral Egipto-Israel-Estados Unidos en las afueras de El Cairo (que permite la exportación a Estados Unidos libres de impuesto si utilizan al menos 10 por ciento de sus materias primas provienen de Israel), se han creado fábricas principalmente textiles que emplean a miles de trabajadores y tienen ingresos de 1.5 billones de dólares anuales. Los exportadores israelíes textiles también se benefician del acuerdo, exportando 100 millones de dólares en materias primas anualmente a Egipto.¹

Todo cambio a este tratado de paz podría alterar las relaciones comerciales, políticas y de seguridad entre Egipto e Israel, lo que a su vez tendría implicaciones importantes para la estabilidad de la región, los intereses de Estados Unidos (para quien el régimen de Mubarak era su principal aliado) y la comunidad internacional al abrirse oportunidades para la explosión de nuevos conflictos.

La cuestión de Israel, tal como señalamos, no parece haber sido un asunto prioritario, aunque tampoco del todo ausente. Un día después de tomar el poder, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas en Egipto declaró que mantendrá el acuerdo de paz con Israel. En contraste, miembros de la oposición al régimen de Mubarak (incluyendo a Ayman Nour del *Tomorrow Party*) han llamado a su renegociación. El tema de la exportación de

¹ "1979: Israel and Egypt shake hands on Peace Deal". *On This Day, 1950-2005*. BBC. http://news.bbc.co.uk/onthisday/hi/dates/stories/march/26/newsid_2806000/2806245.stm (accesado el 12 de abril del 2011).

gas a Israel y los beneficios desiguales para este país ha sido ya utilizado con fines políticos por figuras públicas. La presentación de posturas anti-israelíes podrían exacerbarse como instrumento para contrarrestar las críticas al nuevo régimen. Incluso actores políticos fuera de Egipto (como Mahmoud al-Zahar, líder de Hamas en Gaza) que buscan explotar las ventanas de oportunidad que el contexto incierto ofrece se ha dirigido al gobierno de transición con demandas para enmendar el tratado con Israel y asegurar el repliegue de tropas egipcias en el Sinaí.

En regímenes democráticos, los asuntos de política exterior también son sometidos al escrutinio público. La observación de los beneficios mutuos derivados del tratado de paz sugiere que la preferencia del nuevo régimen sería, en congruencia con las preferencias populares, a favor de la continuidad. Sin embargo, en la región, la brecha entre discurso y realidad tiende a incrementarse en momentos de crisis, y con especial vigor en relación con los temas Egipto-Israel-Palestina. De surgir un régimen que decida adherirse a la realidad, manejando un discurso moderado, incluso la tradicional cercanía entre funcionarios gubernamentales y militares israelíes y egipcios podría modificarse. Una menor cooperación con Israel podría traducirse también en otro tema regional: el incremento en el contrabando a Gaza y las acciones militares en contra de Israel desde la península del Sinaí.

ISRAEL

Israel, al igual que el resto de los Estados, se encuentra en el punto de intersección entre lo internacional y lo doméstico (Barnett: 1990), y también lo regional. Sus intereses, preferencias y responsabilidades son al menos triples. El Estado de Israel tiene una seria preferencia por la resolución pacífica de conflictos prolongados como el palestino-israelí, el interés en contribuir a la estabilidad regional y un interés vital en mantener la estabilidad interna. Los constreñimientos domésticos, sin embargo, inciden en la habilidad del Estado para formular políticas que implican

elevados costos, especialmente cuando se trata de decisiones con valor estratégico. Para la definición de asuntos de política exterior (como las relaciones con los países árabes y la resolución del conflicto palestino-israelí), el Estado de Israel requiere movilizar recursos económicos y políticos en la arena doméstica. A la vez, la combinación particular de rasgos estructurales y coyunturales afectan las decisiones del Estado y la posible resolución del conflicto palestino-israelí en particular, y árabe-israelí en general (Sznajder: 2011).

En Israel, la política interna y externa interactúan en el marco de un sistema democrático parlamentario y multipartidista con rasgos particulares. Entre los factores estructurales domésticos que constriñen la toma de decisiones en asuntos de política exterior se encuentra el sistema electoral basado en el método de listas partidistas-representación proporcional. Este tipo de sistema crea una situación en la que ningún partido puede obtener la mayoría y, por lo tanto, tiene que formar una coalición. El bajo umbral para obtener representación en el Parlamento (2 por ciento) le otorga a los partidos pequeños un poder excesivo en la coalición, en relación con su apoyo electoral, lo que a la vez crea condiciones poco favorables para coaliciones estables. De hecho, desde las elecciones en 1988, ninguna de las legislaturas ha concluido sus 4 años. Entre los asuntos que han conllevado históricamente al desmembramiento de las coaliciones gobernantes, la disolución de la Knesset y el llamado a elecciones tempranas son: el proceso de paz y el papel de la religión en la esfera pública. Tal como ha analizado y afirma Sznajder, en el sistema democrático israelí, los actores políticos le dan prioridad a la “supervivencia táctica de la coalición gobernante” sobre los “objetivos estratégicos de largo alcance” que requieren la toma de decisiones importantes, difíciles, costosas y con valor estratégico (Sznajder: 2011). En un marco de representación proporcional, estas decisiones se vuelven “casi imposibles” de tomar.

Aunado al factor de representación proporcional se encuentra el patrón electoral que caracteriza a los votantes en Israel; es

decir, el que diferentes asuntos (como el tema de género) carezcan en importancia en cuanto a la estructuración del voto a la vez que los asuntos de mayor importancia sigan siendo aquellos que involucran identidades colectivas. Este patrón refleja y refuerza las divisiones sociales asociadas con la pertenencia a grupos o colectividades étnicas y religiosas en una sociedad multicultural. Uno de los asuntos más centrales desde 1969 hasta 1996, según diferentes estudios, es el de los territorios y el conflicto árabe-israelí (Shamir: 1986; Yishai: 1999; Shamir y Asher: 1999).

Asuntos de política exterior (como el proceso de paz y la noción de compromiso territorial) personifican las implicaciones de política pública que conllevan los dilemas colectivos (de identidad) sobre las fronteras geográficas y las relaciones de Israel con los países árabes y con los palestinos. Es decir, estos asuntos no pueden ser desvinculados de la pertenencia por parte de los votantes a diferentes grupos sociales. En particular, según observan los autores en su estudio, los asuntos de política exterior se relacionan con la observancia religiosa y la pertenencia étnica. El tema del Estado judío se vincula a la vez –ideológicamente y en la práctica– con las fronteras del Estado y, por lo tanto, con los temas de política exterior como los compromisos territoriales en el marco del proceso de paz con los palestinos. Ambos asuntos (la creación y mantenimiento de un Estado judío en Israel y la negociación de un compromiso territorial) son expresión de fuertes vínculos de membresía colectiva(s).

Ciertamente la noción de Israel como Estado judío provee de un denominador común para la mayoría de los judíos israelíes y, simultáneamente, el significado que se le da al Estado judío es dinámico y difiere entre grupos sociales. Este disenso da cuenta de la diversidad cultural y los debates con frecuencia definidos en términos de lo religioso vs. lo secular, lo primordial vs. lo civil, lo judío vs. lo israelí, la Tierra de Israel (*Eretz Israel*) vs. Estado de Israel (Shamir y Asher: 1999).

Además de los factores estructurales, el contexto o coyuntura define de manera importante las posibilidades de movilización

de recursos por parte del Estado en la definición de su política exterior. En una democracia parlamentaria como la israelí la composición partidista de la legislatura tiene una gran incidencia en la formulación de la política de negociación con los palestinos.

Entre los factores circunstanciales que inciden en la articulación de lo doméstico y lo regional e internacional se encuentra también el tipo de coalición gobernante bajo el liderazgo de Benjamin Netanyahu (Likud). En cuanto a la toma de decisiones a favor de un compromiso territorial (y los costos asociados con dichas decisiones), la estabilidad de una coalición de derecha —una de las más estables en mucho tiempo— es al parecer priorizada en este momento sobre la formulación de políticas preferidas por actores regionales e internacionales (como el congelamiento de asentamientos). Esta situación doméstica ha abonado de manera coyuntural a los procesos estructurales que dificultan la negociación de un acuerdo de paz, así como a la deslegitimación de Israel y la legitimación de Palestina a nivel internacional.

EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ

Los procesos por los que atraviesa hoy el Medio Oriente, la diversidad de pertenencias y rivalidades primordialistas podrían modificar la premisa de que el conflicto palestino-israelí es prioritario para la estabilidad de la región. Por otra parte, éste sigue siendo en muchos sentidos la piedra angular en torno al cual se articulan y redefinen gran parte de los otros conflictos que aquejan a la región.

Los acontecimientos nacionales en el mundo árabe abren riesgos y oportunidades para el reacomodo de las cuotas de poder de los actores regionales: las inciertas aunque nuevas perspectivas en Egipto aún en un escenario abierto que va del pragmatismo a un islamismo revivido; el fracaso de Assad de poder movilizar la protesta contra Israel; el posible debilitamiento de las alianzas de Irán, tanto con el gobierno sirio como con el intento aunque aún paralizado de Hamas de acercarse a Egipto; el propio cambio en la política exterior de Turquía hacia Israel, país que busca un

rol ascendente en la región; el cauto proceder de Hezbollah, en Líbano; el apoyo de Grecia a impedir un nuevo episodio de la flotilla de la paz, todo ello denota la creación de oportunidades que minimizan las condiciones de riesgo tal como se dan y tal como son percibidas por las partes.

Paralelamente, los procesos que hemos analizado así como, de modo general, el hecho de que los regímenes nacionales debieran volcarse a resolver asuntos prioritarios domésticos podrían crear condiciones favorables para la consolidación del poder regional de Irán y el fortalecimiento de Hezbollah, lo que conlleva a su vez implicaciones importantes para la agenda global en materia de seguridad y amenaza nuclear. La realidad de un proceso de creciente sofisticación en sus recursos militares, nutrido por Irán, es parte de los elementos que operan como un factor paralizante del gobierno de Israel.

El tema de Israel, de hecho, no tuvo un efecto movilizador prioritario en las movilizaciones, revueltas y confrontaciones en el mundo árabe, por lo que parecería modificarse la premisa compartida por Estados Unidos y la comunidad internacional acerca de que el conflicto palestino-israelí es la principal fuente de inestabilidad regional (Milstein: 2011, p. 21).

Esto es parcialmente cierto dado que entre los candidatos a las elecciones presidenciales en Egipto un porcentaje importante de la población parece inclinarse por Amr Moussa², cuyo ascenso a la esfera pública se construyó con un discurso de rivalidad con Israel. Aunque Moussa ha declarado que el tratado de paz con Israel no será anulado, posturas anti-israelíes prevalecen en el discurso político.

Este conflicto sigue teniendo un papel central en la escena internacional. El liderazgo palestino ha adoptado una estrategia

² "Encuesta: Mayoría de los egipcios apoyan el mantenimiento de la paz con Israel". *Ha'aretz* (traducción al español).

<http://translate.google.com/translate?hl=es&langpair=en%7Ces&u=http://www.haaretz.com/news/diplomacy-defense/poll-majority-of-egyptians-support-maintaining-israel-peace-1.354642>

que en parte continúa y en parte revierte el proceso que ha venido desarrollándose a lo largo de los últimos años iniciado tras el fin de la Intifada de al-Aqsa –y que ha contado con el apoyo de la comunidad internacional y de Israel– de reforma y construcción institucional y social. Éste se deriva del objetivo declarado explícitamente por el Primer Ministro Salam Fayyad en su programa “Poniendo Fin a la Ocupación, Estableciendo un Estado” para el periodo 2009-2011 y que ha estado dirigido precisamente al fortalecimiento de las bases económica, social y de seguridad para poder establecer el Estado palestino. El programa ha contado con el apoyo de las diferentes facciones políticas en el campo palestino y ha buscado garantizar los principios y procedimientos requeridos para la operación de un ordenamiento estatal, entre los que destacan el fin a la corrupción que ha sido un mal endémico en el liderazgo palestino; la transparencia y las reformas amplias que garantizaran dichos propósitos. De este modo, se abrieron dos canales paralelos: el de construcción estatal y el de la negociación política. Sin embargo, al verse interrumpidas las pláticas directas, Mahmoud Abbas adoptó la táctica de llevar al reconocimiento internacional del Estado palestino en el seno de las Naciones Unidas y con las fronteras de 1967.

Resulta preocupante y difícil la situación creada, tanto por la estrategia de salida a la arena internacional como por el acuerdo Hamas-Autoridad Palestina, mismo que ha reforzado todas las suspicacias y temores de la parte israelí, en la medida en que Hamas no ha declinado a su desconocimiento, cuestionamiento y propósito de eliminación del Estado de Israel.

A lo largo de estos años, han sido notorios los logros que ha alcanzado la Autoridad Palestina en lo que corresponde al proceso de construcción estatal y ello se ha manifestado en su aparato de seguridad, el aparato judicial, el sistema económico, los servicios sociales, la infraestructura y el buen gobierno, aunque persistan desafíos básicos (Lavie: 2011)

Por su parte, los sucesos en el mundo árabe han tenido un impacto en Palestina y en el desarrollo de las negociaciones con

Israel. Hemos apuntado ya algunas de ellas, entre las que destaca precisamente el acuerdo de unidad a la luz de los cambios acaecidos en Egipto y en Siria.

El gobierno israelí ha visto dicho acuerdo como legitimación de una organización terrorista y por ende un golpe a la paz. Las declaraciones oficiales israelíes son indicativas de la gran brecha que existe entre las percepciones y estrategias israelí y palestina. Desde la perspectiva del gobierno israelí, Hamas no puede ser un interlocutor en tanto siga sin modificar su intención de destruir al Estado de Israel. Sin embargo, según un reporte del Ministerio Israelí de Relaciones Exteriores (preparado por la división de planeación de política exterior), la reconciliación entre Fatah y Hamas le ofrece a Israel una nueva oportunidad estratégica para crear un cambio en el contexto palestino y, en el largo plazo, favorecer los intereses de Israel y Estados Unidos. El reporte agrega que el conflicto prolongado entre Hamas y Fatah no le ha traído mayor seguridad a Israel. Lo que propone en vez de una oposición absoluta al acuerdo de unidad nacional es un enfoque constructivo que profundice el dilema para los palestinos en cuanto a los objetivos de dicho gobierno de unidad y el rechazo por parte de Hamas de reconocer a Israel.³ Otras voces israelíes sugieren que es preferible dialogar con una sola voz que con un liderazgo fragmentado.

Por su parte la Autoridad Palestina parece apostarle al apoyo que le ha brindado de manera incremental la comunidad internacional a la creación de un Estado palestino en las fronteras de 1967 y que posiblemente refrendará la Asamblea General en septiembre del 2011. Para Abbas, el temor es que un acuerdo con Israel podría provocar a las calles palestinas. Hamas, a su vez,

³ "Palestinian unity is an opportunity, not a threat". Editorial, *Ha'aretz*. <http://www.haaretz.com/print-edition/opinion/palestinian-unity-is-an-opportunity-not-a-threat-1.359862>; "Israel Foreign Ministry views Hamas-Fatah deal differently than Netanyahu". <http://www.haaretz.com/print-edition/news/israel-foreign-ministry-views-hamas-fatah-deal-differently-than-netanyahu-1.359706>

espera con cautela el lograr capitalizar el fracaso de la AP y la posible explosión de un nuevo espiral de violencia en Palestina-Israel. Dadas las condiciones de cambio regionales, no tiene por el momento incentivos para modificar su estrategia y demandas.

El tema de liderazgo es ciertamente importante. Desde la época de Arafat no ha habido espacios ni canales para poder construir consensos: entonces, entre el liderazgo exiliario y el local; hoy, entre los diferentes sectores y las marcadas divergencias.

Los esfuerzos por reanudar las conversaciones para evitar lo que se ve como una previsible agudización no parecen arrojar frutos concretos. Los sucesivos intentos de diálogo han fracasado. Las diversas dimensiones involucradas en el prolongado conflicto han arraigado estereotipos, prejuicios y satanizaciones que han alimentado la suspicacia y la desconfianza mutua. Las percepciones, actitudes y comportamientos reforzaron una dinámica que parecía imposible de ser alterada. Sin embargo, fueron las transformaciones en el ámbito internacional de la última década del siglo XX las que ampliaron las condiciones estructurales para la negociación del conflicto. La nueva dinámica generada y los cambios internos en la región se expresaron en el surgimiento de novedosos ejercicios de voluntad política.

De allí que, aunque difícil, el proceso de paz israelí-palestino significó un parteaguas que, en sus diferentes momentos, arrojando nueva luz sobre las posibles relaciones entre las identidades primordialistas y la política, así como entre esta última y las dimensiones nacionales, regionales y global. Desde esta perspectiva, y ante la actual interrupción del diálogo abierto, la región enfrenta el desafío de ampliar el papel de la voluntad política para recuperar con toda su complejidad la diversidad de mundos identitarios y culturales y construir soluciones políticas.

La posibilidad de deslindar entre grandes designios ideales y proyectos políticos viables, para que las partes se comprometan con todo realismo con estos últimos emerge hoy como un requisito impostergable, para el cual la experiencia de los últimos años han sido determinantes.

Una cuestión central vuelve a emerger: ¿Hasta dónde los actores pueden defender el espacio de la política en el cual resulta imprescindible responsabilizarse con una cultura de la negociación que rebasa la lógica extrema de grandes ganadores y perdedores? La viabilidad de que los cambios en la región puedan dar lugar a procesos de democratización, la posibilidad de que la eficacia de los logros pueda traducirse en alternancia en el poder, asociada ciertamente a los beneficios y riesgos de procesos de democratización fragmentados o interrumpidos; el lugar de las identidades colectivas de diferente carácter en la construcción de compromisos cívicos y la responsabilidad de los actores internacionales- en el vaivén de sus intereses cambiantes, todo ello habrá de incidir en los derroteros que este Medio Oriente en cambio habrá de seguir. Ciertamente, se trata de una región que hace que todo análisis sea prudente y no desatienda el horizonte de incertidumbre y complejidad que acompaña los procesos, movimientos y tendencias que hoy se están dando.

REFERENCIAS

- Barnett, Michael. "High Politics is Low Politics: The Domestic and Systemic Sources of Israeli Security Policy, 1967-1977" en *World Politics*, Vol. 42, No., 4, julio 1990, pp. 529-562.
- Bokser Liwerant, Judit. "El conflicto palestino-israelí. Los altibajos en la construcción de la paz" en *El Conflicto en el Medio Oriente. Entre la Guerra y la Paz*, número especial, mayo 2006, Universidad Hebraica México, pp. 26-44.
- Bokser Liwerant, Judit. "Ciudadanía, procesos de globalización y democracia" en VVAA, *Democracia y Formación Ciudadana*, México, IEDF, colección sinergia, 2002, pp. 13-52.
- Lewis, Bernard. *Las Identidades Múltiples en Oriente Medio*. Madrid: Siglo XXI, 2000.
- Brom, Shlomo. "Quiet in the Palestinian Arena: The Eye of the Storm". *Strategic Assessment*. The Institute for National Security Studies, Tel Aviv University, Vol. 14, No. 1, abril 2011, pp. 55-64.
- Eiland, Giora. "The Upheavals in the Middle East and Israel's Security". *Strategic Assessment*, The Institute for National Security Studies, Tel Aviv University, Volume 14, No. 2, July 2011, pp. 7-14.
- Friend, Theodore. "The Arab Uprisings of 2011: Ibn Khaldún Encounters Civil Society". Foreign Policy Research Institute. <http://www.fpri.org/enotes/2011/201107.friend.arabuprisings.html>
- Kam, Ephraim. "The New Middle East: An Era of Uncertainty". *Strategic Assessment*. The Institute for National Security Studies. Universidad de Tel Aviv. Vol. 14, No. 1, abril 2011.
- Lavie, Ephraim. "The End of Quiet for the Palestinian Authority?". *Tel Aviv Notes*. Centro Dayan, Universidad de Tel Aviv. Vol. 5, No. 5, 10 de marzo del 2011.
- Lichbach, Marc. *The Rebel's Dilemma*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995.
- Lustick, Ian. "Review: Writing the Intifada: Collective Action in the

- Occupied Territories” en *World Politics*, Vol. 45, No. 4, julio 1993, pp. 560-594.
- Maddy-Weitzman, Bruce. “Polling Post-Mubarak Egypt” en *Tel Aviv Notes*, Tel Aviv University, Vol. 5, No., 9, 11 de mayo del 2011.
- Milstein, Michael. “A New-Old Middle East: Current Developments and their Implications for Israel”. *Strategic Assessment*. The Institute for National Security Studies. Tel Aviv University. Vol. 14, No. 1, abril 2011, pp. 7-24.
- Rock, Aaron. “Qaradawi’s Return and Islamic Leadership in Egypt”. *E-Notes*. Foreign Policy Research Institute. Marzo 2011. <http://www.fpri.org/enotes/201103.rock.egypt.html>
- Sckocpol, Theda. “France, Russia, China: A Structural Analysis of Social Revolutions” en *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 18, No. 2, abril 1976, pp. 175-210.
- Shamir, Michal y Asher Arian. “Collective Identity and Electoral Competition in Israel” en *The American Political Science Review*, Vol. 93, No. 2, junio 1999, pp. 265-277.
- Shin, Gi-Wook. “The Historical Making of Collective Action: The Korean Peasant Uprisings” en *American Journal of Sociology*. Vol. 99, No. 6, mayo 1994, pp. 1596-1624.
- Siman, Yael. *The Palestinian-Israeli Conflict, 1967-2004. Breaking Down the Occupying State’s Refusal to Negotiate with Insurgents*. Tesis Doctoral, University of Chicago, 2005.
- Sznajder, Mario. “Israel y la Primavera Árabe” en *Medio Oriente y Norte de África. ¿Reforma, revolución o continuidad?*, Comisión de Biblioteca y Asuntos Editoriales, Senado de la República, México: 2011.
- Tamari, Salim. “Limited Rebellion and Civil Society. The Uprising’s Dilemma” en *Middle East Report*, mayo-agosto 1990, pp. 4-8.
- Wedeen, Lisa. *Peripheral Visions: Publics, Power, and Performance in Yemen*. Chicago: University of Chicago Press, 2008.
- Zantovsky, Michael. 1989 and 2011: “Compare and Contrast” en *World Affairs Journal*. Julio/Agosto 2011. <http://www.worldaffairsjournal.org/articles/current-issue/index.html>